

que el desastre anunció de la orgullosa
Tiro ¡oh titán soberbio! yo te auguro
la ruina; es tu grandeza un opulento
roble de ramas fuertes y rotundas,
pero un gusano ha puesto en sus raíces
la justicia de Dios.

.....
.....

Hacia las zonas
donde duerme la América latina
en molicie sensual, sobre coronas
de laureles antiguos, se encamina
una falange de colosos. Traen
nervios de amianto y músculos de acero;
en cada rostro, de expresión felina,
de donde gotas sudorosas caen,
hay un rojizo resplandor de forja
y el gesto de un altivo aventurero
que es un conquistador. Entre su alforja,
hinchida tras titánica porfía,
desbórdase un torrente de doblones
tumultuoso y soberbio, que podría
comprar a cien Naciones,
cual si fuesen menguada mercancía.
Ellos sacaron de la vasta mina
la fuente de agua negra y luminosa,
en dos partieron la extensión marina,
encerraron en lámina divina
la palabra, con mano portentosa;
dieron al labrador armas mejores:
haciendo el flúido eléctrico fecundo,
la noche constelaron de fulgores,
multiplicaron discos y motores,
al aire dieron trenes voladores
y hablaron con los términos del mundo;
y bajo la ambición que los empuja,
cual si retar quisiesen a la brava
nube que en hoscas ímpetus revienta,
a los cielos alzaron una aguja
diamantina e inmóvil, donde clava
sus flamígeros dardos la tormenta!

Un sueño de grandeza y poderío
en sus cabezas flota. Es la avalancha
que se desborda desde el Norte frío
hasta el confín de Magallanes. Mancha
de aceite multiforme
que avanza y crece. Y cual si mengua fuera
ya del hombre triunfar, quiere el Coloso,
que no temió de Camoens los vestiglos,
despedazar con su martillo enorme
la gigante barrera
que formaron los siglos:
y rompiendo esas moles seculares

habrá de hacer, ingentes y profundos,
un idilio de amor entre los mares
y una cita de hierro entre los mundos!

.....
Pero pocos han sido
herederos de Wáshington, el noble,
el patriarcal y austero ciudadano
que alzara ayer, con majestad de roble,
el pendón del Derecho americano.
Huyó la santidad de esa bandera;
y junto al haz de olivos de su escudo,
el dragón que hoy impera
las fauces abre, amenazante y mudo.
Hijos de los famosos bucaneros
son los imperialistas: herederos
de William Walker, el audaz bandido,
maestro insigne de estupendos robos,
que a Nicaragua penetró, seguido
por sus marinos lobos,
y entonces comprendió que cuando vela
por su techo y sus hijos, la gacela
puede hacerse león. Son los traidores
tentáculos del pulpo que hoy flagela
y oprime y chupa en lentos torcedores
a ese inerme país. Son los hermanos
de Vernón, que al sitiar la Heroica Villa
con su corsaria flota
huyó ante los rugidos soberanos
del león de Castilla,
y supo, en su vergüenza y su derrota,
que un soldado de España no se humilla,
porque sabe morir. Son los histriones
del Tío Sam, que a la Antilla codiciada
le negaron los dones
que le ofreciera la latina espada,
y soñaron con burdas ambiciones
trocar su magna libertad por una
muelle y dorada servidumbre un día,
¡creyendo que el cubano vendería
el Ideal que lo arrulló en su cuna!

Ellos, los nuevos bárbaros, fijaron
en el hogar vecino sus anhelos;
ávidos como Atila, penetraron
en la patria de Hidalgo y de Morelos,
y tras lid sin igual, lid sin decoro
de niños aplastados por gigantes,
ellos, los hijos clásicos del toro,
hicieron un festín de sangre y oro
con las rotas entrañas palpitantes.
Y oro y sangre también, sangre que canta
la vida, y oro espléndido de soles
bebieron en la herida sacrosanta
abierta en los dominios españoles;